Juan A. López Padilla
Roberto Risch
János Dani

# ¿Pudo haber estados en la Edad del Bronce de Europa?

Términos como «dinastía», «reino», «ejército», «esclavo», «guerrero» o «dirigente» que hoy forman parte del vocabulario corriente, son un producto más de nuestra historia. Si bien podemos trazar qué estructuras y relaciones sociopolíticas subyacían tras ellos desde que disponemos de textos escritos como la Ilíada de Homero, su significado, o siquiera la mera existencia de conceptos similares a inicios de la Edad del Bronce, un milenio antes del relato de la Guerra de Troya, nos es completamente desconocido.

Ahora bien, ciento cincuenta años de desarrollo de una arqueología cada vez más interdisciplinar han generado suficiente información sobre las condiciones materiales de la vida hace unos 4000 años como para identificar, con mayor o menor nitidez, relaciones sociales a las que hoy nos referiríamos con estas palabras. La exposición Dinastías – Los primeros reinos de la prehistoria de Europa propone explorar y comparar las tres primeras sociedades de Europa continental en las que se pueden detectar manifestaciones y relaciones sociales que cobran sentido a la luz de lo que hoy conocemos como «estructuras de estado». Aunque en las ciencias sociales, incluida la arqueología, existen múltiples definiciones de lo que es –o no es– un «estado», probablemente estaríamos de acuerdo en describirlo como la forma de organización económica y política propia de las sociedades divididas en ricos y pobres –es decir, «de clase»– que comenzaron a forjarse por primera vez hace algo más de 5000 años en Mesopotamia y Egipto. Su surgimiento en estas zonas, donde la vida se encontraba entonces limitada a una franja muy estrecha de tierras a lo largo de los cauces fluviales, no debió ser casual.

Dado que la existencia de un estado depende del uso y la monopolización de la violencia, para lo cual desarrolla medios y cuerpos armados cada vez más especializados, su tendencia es necesariamente expansiva. Las sociedades basadas en la cooperación económica y las tomas de decisión comunales, es decir, en las relaciones que condujeron a la formación de nuestra especie, tienen escaso interés en destinar cantidades sustanciales de recursos al mantenimiento de ejércitos. La creación de bienes atractivos, incluidas todas las «artes», y su disfrute colectivo nos resultan muchísimo más placenteros que la guerra, como se hace palpable en cualquier evento deportivo, festivo o creativo. A pesar de esta diferencia sustancial en cuanto a capacidad destructiva, o precisamente por ella, el desarrollo de los estados ha sido todo menos «rodado», como ponen de manifiesto las ruinas y destrucciones que han dejado tras de sí. Incluso en el siglo XXI existen comunidades –algunas de las cuales el pensamiento evolucionista tilda de «estados fallidos»– que se resisten a ser sometidas a estructuras estatales.

Los estados también se distinguen de otras formas políticas por el enorme coste de su mantenimiento. Si bien la mayoría de las sociedades producen sobrantes económicos, en una sociedad de clase estos se convierten en las plusvalías de las élites. Los estados se apropian además de los excedentes de la producción mediante impuestos exigidos a las poblaciones bajo su control directo, y mediante el robo o el intercambio asimétrico cuando se trata de poblaciones periféricas. Al contrario que otras formas de explotación, en las que los excedentes simplemente son consumidos por las élites, los estados emergen cuando las plusvalías se invierten en procesos de realización o valorización en otros ámbitos productivos, como pueden ser las artesanías o el intercambio. En otras palabras, la acumulación de excedentes y su asignación a diferentes tareas y grupos sociales genera un sistema de valor propio, o «capital», que se vuelve poco claro para la mayoría de la sociedad, lo cual impide que los productores puedan trazar la propia contribución a la riqueza social. La aparición de sistemas de medición de los productos (peso y volumen), del espacio y del tiempo a fin de normalizar los pagos y los cobros de impuestos o el registro de deudas, es otro de los efectos de la apropiación y circulación de plusvalías. Todas estas estrategias se pueden simplificar y acelerar con la introducción de alguna forma de «moneda primitiva», como pueden ser los lingotes de metal.

La acumulación de riqueza por parte de individuos o grupos particulares solo es posible si se impone la propiedad privada sobre bienes como el cereal, las materias primas, las tierras o las mismas personas («esclavos»). Un grupo que haya acumulado un volumen suficiente de excedentes se convierte en una clase dominante si logra detentar derechos exclusivos sobre objetos o sujetos de forma permanente. En otras palabras, las cosas ya no pertenecen a las personas que las han producido o las necesitan para vivir, sino a aquellas que se las

han apropiado o las han robado a otros. La propiedad privada queda fijada institucionalmente en el tiempo y da lugar a lo que hoy llamamos «herencia». A largo plazo, la posición privilegiada de estas minorías (la «élite») solo puede mantenerse mediante la coerción y la violencia física y psíquica sobre el resto de la sociedad. De ahí que los estados, para proteger la propiedad privada por encima de cualquier consideración colectiva, necesiten cuerpos armados que definen, lógicamente, como fuerzas «de seguridad» o «de orden público».

La simple amenaza del uso de la violencia física no suele ser suficiente para mantener un estado si no va acompañada de mecanismos de coerción psíquica mediante símbolos, lenguajes e ideologías. El control de las expresiones simbólicas y del significado de las palabras es una herramienta indispensable para asegurar la obediencia de la mayor parte de la población. Las sociedades de estado desarrollan lenguajes propios y una identidad específica de «régimen».

Tanto la exposición Dinastías como esta publicación que la acompaña invitan a reflexionar sobre el origen de unas relaciones económicas y políticas, surgidas hace tan solo 4000 años en regiones muy específicas de Europa, que hoy suelen darse por sentadas o, incluso, considerarse consustanciales a la vida social. Las huellas de su materialidad constituyen los denominados grupos arqueológicos de Otomani-Füzesabony en la cuenca oriental de los Cárpatos, Unetice en Europa central alrededor de los Montes Metalíferos, y El Argar en el sudeste de la península ibérica, fechados entre ca. 2200-1550 a. C. Su desarrollo coincidió con la sociedad «palacial» minoica de la isla de Creta, surgida en la esfera de influencia de los grandes estados de Oriente próximo y Egipto. Hacia 1750 a. C., en determinadas zonas del Peloponeso apareció igualmente una sociedad de clases que varios siglos después llegaría a ser lo que conocemos como Micenas, uno de los estados protagonistas de la guerra de Troya acontecida en torno a 1200 a. C.

Si bien estamos relativamente familiarizados con las sociedades minoica y micénica, sobre todo gracias a sus propios textos e inscripciones y a los escritos mucho más recientes de Homero y Hesíodo, el registro arqueológico de Otomani-Füzesabony, Unetice y El Argar apenas había llamado la atención. Las excavaciones extensivas como las llevadas a cabo en los asentamientos de La Bastida o Pömmelte, descubrimientos singulares como el disco celeste de Nebra en Alemania central, y la intensa investigación interdisciplinar desarrollada durante las últimas décadas han revelado unas formas de organización económica y política mucho más asimétricas y centralizadas de lo que se suponía.

En concreto, la materialidad de estas entidades arqueológicas combina un conjunto de características que nos permiten hacer los siguientes razonamientos:

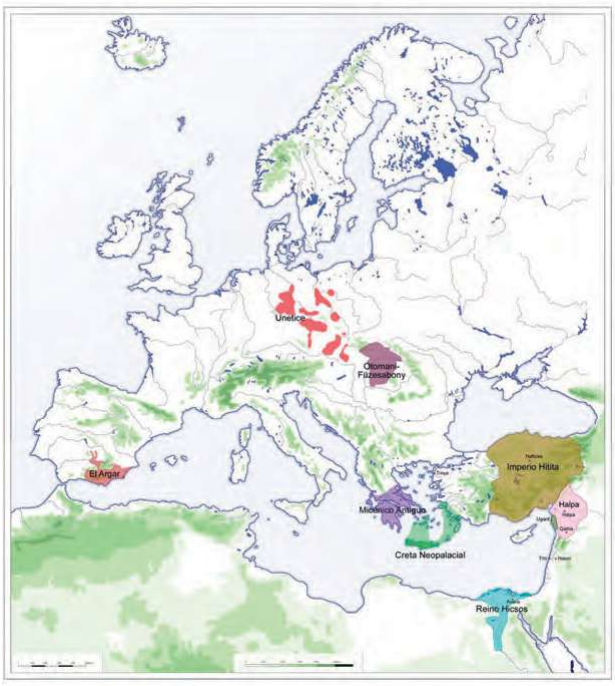


**FIG. 1.**
Europa y el Mediterráneo en el siglo XVII a. C. Al norte y al oeste de los estados del Próximo Oriente, al norte de África y el Egeo, conocidos por documentos escritos, al menos tres entidades arqueológicas presentan evidencias de haber comenzado a desarrollar estructuras de estado.

1) Las diferencias significativas detectadas entre las estructuras funerarias y los ajuares es un indicador de la existencia de asimetrías económicas y políticas debido a la inversión de trabajo y recursos que suponen las tumbas de mayor riqueza. Cuando se escenifican diferencias de riqueza en rituales funerarios, cabe sospechar que también existieron entre los vivos. Esta hipótesis tiene que confirmarse mediante el estudio de la organización económica y política de estas sociedades.

2) Los emblemas, las armas y las materias primas exóticas con las que se distinguen las tumbas más opulentas fueron comunes a regiones distantes y perduraron en el tiempo. Un ejemplo son las alabardas, un arma de la Edad del Cobre que entre 2000-1800 a. C. fue utilizada por las élites de Unetice y El Argar mientras se convertía en marginal en el resto de Europa. Lo mismo ocurre con la espada: procedente del mundo minoico, llegó a ser el medio de violencia y distinción social de los hombres más poderosos de los grupos Otomani-Füzesabony, Unetice y El Argar después de c. 1700 a. C. También el acabado decorativo de las armas de bronce con remaches, empuñaduras o revestimientos de oro y plata, o incluso su sustitución por equivalentes de oro –como en el caso del hacha de Dieskau (Alemania)– reproduce la singularidad del armamento de los príncipes, los reyes y los faraones del Mediterráneo oriental, Mesopotamia y Egipto de esta misma época. La normalización de los objetos de distinción

**FIG. 2**
El "príncipe" de Unetice enterrado bajo el túmulo de Leubingen, en Turingia, según la recreación artística de K. Schauer.

individual en el tiempo y el espacio pone de manifiesto no solo la comunicación entre estas élites, sino también la consolidación de su poder económico, político y ceremonial.

3) La presencia del mismo tipo de objetos y materias primas en algunas tumbas infantiles permite proponer que la riqueza comenzó a ser adscrita de forma hereditaria, más que adquirida por méritos reconocidos socialmente a lo largo de la vida.

4) Como argumentaba Hannah Arendt, el poder que ya no necesita recurrir al uso y la amenaza de la violencia, se convierte en dominación. La máxima representación del estado queda tan afianzada que incluso adquiere rasgos sagrados o divinos. Las dataciones relativamente tardías de las tumbas femeninas con abundantes adornos de oro, plata o ámbar de la primera Edad del Bronce indican que pudo ser entonces cuando las mujeres ocuparon posiciones cruciales en la organización económica, política, y también militar, estatal.

5) Los asentamientos de Otomani-Füzesabony, Unetice y El Argar no eran invariablemente más grandes que los de épocas anteriores, pero presentaban una mayor densidad poblacional, marcadas diferencias de tamaño y función entre edificios, una organización de las casas por «barrios» diferenciados social y económicamente, y grandes construcciones públicas, como almacenes, cisternas, recintos rituales y murallas. Todo ello marca una forma inicial de urbanismo, claramente diferente de las macroaldeas precedentes.

6) En todas las regiones en las que contamos con estudios de artefactos de molienda se constata no solo una intensificación de la producción cerealista –y, por tanto, una alimentación menos variada de buena parte de la población–, sino también su centralización y procesado en asentamientos y talleres especializados vinculados de manera directa a la clase dominante reconocible en el registro funerario.

7) Desde mediados del cuarto milenio a. C. aparece un reducido número de tumbas masculinas con armas, adornos especiales, y herramientas relacionadas con la metalurgia. Al inicio se encuentran solo en el Cáucaso y al norte del Mar Negro, pero paulatinamente el ritual que las caracteriza se fue expandiendo hacia Europa central y occidental. La relación entre riqueza, medios de violencia y metalurgia parece reflejar en estas tumbas de metalúrgicos el papel desempeñado por la fundición y la forja de armas y herramientas de cobre arsenical en la emergencia de una clase dominante entre la Edad del Cobre e inicios de la Edad del Bronce.

8) Con la introducción de moldes se dieron las condiciones técnicas para la producción en serie de hachas de cobre, que, al parecer, fueron el arma por excelencia del Bronce Antiguo. Con este proceso técnico y, algo más tarde, la aleación de metales, la forja se convirtió en un paso imprescindible para lograr productos más resistentes y eficientes.

9) La Edad del Bronce se distingue de épocas precedentes por una ampliación significativa del intercambio, como pone de manifiesto un número cada vez mayor de estudios de caracterización física y química de materiales. Dentro de este panorama, Otomani-Füzesabony, Unetice y El Argar son las regiones en las que encontramos los mayores volúmenes de objetos de materias primas en circulación como el cobre, el estaño, el oro, la plata, el marfil y el ámbar. Esta concentración de riqueza es especialmente notoria si tenemos en cuenta que muchas de las materias no estaban disponibles en sus territorios, sino que tenían que ser transportadas a grandes distancias. Mientras que todo el ámbar circulado por Europa, incluido el Egeo y el sureste de la península ibérica, procedía de la zona del mar Báltico, en Europa central el oro y el estaño se intercambiaban con Cornualles, y el cobre tenía que llegar de los Alpes o de los Cárpatos septentrionales. A su vez, el marfil de El Argar procedía de África, mientras que buena parte del cobre debió extraerse de las zonas mineras de Sierra Morena. En el caso de El Argar, recientemente se ha constatado incluso la circulación de productos cerámicos, o de las arcillas utilizadas para su fabricación, a más de 80 kilómetros. Cabe pensar que las nuevas clases dominantes fueron las que organizaron este movimiento de bienes a corta, media y larga distancia, y sus principales beneficiarias.

10) Una nueva aproximación a los depósitos de hachas, alabardas y puñales de metal de Europa central desde una perspectiva sociopolítica y tecnológica permite postular la existencia de ejércitos con mandos jerárquicos. Esos fuerzas armadas también explicarían los grandes volúmenes de cereal procesados en los talleres de molienda controlados por la misma clase dominante.

11) Los complejos arqueológicos Otomani-Füzesabony, Unetice y El Argar emergieron entre 2200-2000 a. C. en territorios relativamente pequeños de varios miles de kilómetros cuadrados.
Desde estos terri»torios iniciales, su materialidad social, estructura económica y forma política se fueron imponiendo a espacios cada vez más amplios hasta su colapso en torno a 1550 a. C. La fortificación de los asentamientos fronterizos y las evidencias de violencia física en las poblaciones de «frontera» apunta a que en esta expansión de sociedades con estado medió el uso de la fuerza.

12) Mientras que la correcta determinación de las estaciones en el año solar es un conocimiento indispensable para las sociedades campesinas desde el Neolítico antiguo, el establecimiento de un calendario se convierte en un elemento básico de la administración del estado para controlar el tiempo político, ceremonial, festivo y, sobre todo, impositivo. El disco de bronce y oro encontrado en la colina de Mitterberg, cerca de la localidad de Nebra, es la primera prueba de la existencia en el continente europeo de conocimientos astronómicos complejos y especializados más allá del reconocimiento de días señalados como los solsticios o los equinoccios. Su ocultación junto a dos espadas con empuñaduras complejas decoradas con lámina de oro vincula este artefacto y la información codificada en él con la clase dominante.

En definitiva, la respuesta a la pregunta inicial que se plantea en esta exposición y en su catálogo es que, si bien en la primera Edad del Bronce no existieron estados tal como los conocemos actualmente, sí es posible detectar a través del registro arqueológico relaciones políticas y económicas que se ajustan a lo que hoy entendemos como elementos sustanciales de las sociedades de clase con estado.

Estas relaciones asimétricas no se impusieron repentinamente, sino que se forjaron a lo largo de un prolongado proceso de concreción que se remonta al tercer milenio. Entonces tuvieron lugar en buena parte de Europa importantes cambios sociales, pero también climáticos e incluso epidemiológicos. Gracias a los estudios arqueogenéticos sabemos que fue un periodo de gran movilidad social, sobre todo desde las regiones orientales de Europa y el Mediterráneo hacia el oeste. No obstante, la migración relativamente rápida desde las estepas y los bosques de Europa oriental posiblemente no hubiese tenido un impacto tan profundo en la configuración de las poblaciones de finales del tercer milenio a. C. si no se hubiese visto acompañada por la primera ola de peste detectada en Eurasia a través de los estudios genéticos de dientes humanos. Además, entre 2400-2000 a. C. se tiene constancia de cambios o eventos climáticos de corta duración en determinadas regiones de Europa, Asia y África, cuya magnitud y repercusiones sobre las comunidades humanas siguen sin precisar.

En todo caso, a finales del tercer milenio a. C. las organizaciones que construyeron monumentos como Stonehenge o las espectaculares tumbas megalíticas de Newgrange en Irlanda o Menga en Antequera, se habían disuelto con toda su prosperidad demográfica y económica. En grandes regiones de Europa, como la zona oriental de la península ibérica, apenas si se cuenta con evidencias arqueológicas en comparación con la situación anterior a 2200 a. C. La ausencia o la reducción del tamaño de los asentamientos indica unas formas de vida diferentes, quizás más móviles o pastoriles. En este complejo panorama, a partir de 2200 a. C. surgieron los grupos arqueológicos de la primera Edad del Bronce de Europa occidental, entre los que destacarán por su dinamismo económico y político las entidades de Otomani-Füzesabony, Unetice y El Argar. Mientras que las desigualdades sociales empezaron a gestarse ya en momentos tempranos, no fue hasta 1850-1750 a. C. que se desarrollaron plenamente las estructuras de estado descritas más arriba. Es interesante que en la arqueología egea también exista acuerdo en que la sociedad minoica de Creta y el mundo micénico más antiguo adquirieron formas estatales en esas fechas, concretamente en los periodos Minoico Medio IIB y Heládico Medio II, respectivamente. Estas entidades han sido denominadas estados tempranos, protoestados o microestados, términos que también podrían trasladarse a los complejos arqueológicos más distinguidos de Europa central y la península ibérica. La simultaneidad en el tiempo, así como el uso compartido de materias primas como el ámbar, la plata o el oro, de armas como la espada, y de elementos de distinción política como brazaletes de oro y diademas, es señal de que estas sociedades o sus clases dominantes debieron de compartir formas similares de ejercicio del poder político y mecanismos de explotación económica.

El recorrido de estos primeros «estados» de Europa, incluidos los del Egeo, fue breve. Mientras que todas las entidades continentales desaparecieron de forma repentina hacia 1550 a. C., los segundos palacios minoicos lo hicieron un siglo más tarde, cuando se abandonaron e incendiaron complejos palaciales y ciudades. Se ha discutido el papel de la gran erupción pliniana del volcán de la isla de Tera, al norte de Creta, en la desaparición de las sociedades más desarrolladas y asimétricas de Europa. Si bien los efectos en el clima han resultado menos decisivos de lo se suponía inicialmente, sí es posible que este evento natural socavase las bases ideológicas de los poderes establecidos, tal como se ha hecho palpable en muchas partes del mundo occidental durante la reciente pandemia de Covid 19. Esa crisis de legitimidad pudo verse reforzada por factores económicos y sociales. A los cambios en los circuitos comerciales, tanto mediterráneos como continentales, probablemente se unió el agotamiento de determinados recursos. Los datos paleoecológicos ponen de manifiesto la sobreexplotación de la tierra y los bosques posiblemente consecuencia de una producción agrícola expansiva y una gran demanda de madera para la construcción y la metalurgia. Sin embargo, la desigualdad social y la explotación económica extremas debieron ser aún más decisivas. Las revueltas de la mayoría de la población contra las élites se manifiestan en el abandono de los asentamientos más destacados, la ocultación de objetos de gran valor simbólico, como el disco celeste de Nebra, y el cese de la construcción de tumbas «principescas» e incluso su saqueo después de 1550 a. C.

Nada impide que la breve historia de los primeros estados de Europa pueda ser también la de los últimos. La desigualdad extrema entre ricos y pobres, la persecución por parte de los poderes del estado de intereses particulares cada vez más alejados de las necesidades sociales, y la explotación despiadada del medio ambiente pueden producir grandes beneficios para la clase dominante durante un tiempo, pero también desembocar en guerras y alzamientos populares enormemente violentos como los que la humanidad ha experimentado reiteradamente en los últimos milenios. La exposición Dinastías invita a esta reflexión histórica sobre nuestros sistemas políticos y el sufrimiento que siguen causando.

*Breve nota sobre la cronología de la Edad del Bronce en Europa:* Más de un siglo de investigaciones de ámbito sobre todo nacional y regional ha producido distintas periodizaciones arqueológicas. A esto se añade que la introducción de las dataciones radiométricas por $^{14}C$ ha puesto de manifiesto que las temporalidades de las secuencias de las distintas partes de Europa no son coincidentes. Mientras que los grupos de El Argar y Unetice corresponden al Bronce Antiguo de la periodización de Europa occidental y central, el complejo Otomani-Füzesabony equivale al Bronce Medio de la secuencia de los Cárpatos. Antes de 2200 a. C. los desajustes son aún mayores. Para facilitar la comparación de los estudios entre la península ibérica y Europa central hemos decidido denominar Edad del Cobre a lo que la arqueología eslovaca, checa y alemana denomina Neolítico tardío, dado que el metal y la metalurgia eran plenamente conocidos por las comunidades de las cerámicas cordadas y campaniformes.

La siguiente tabla permite al lector o la lectora entender mejor las diferentes secuencias arqueológicas y su datación absoluta.

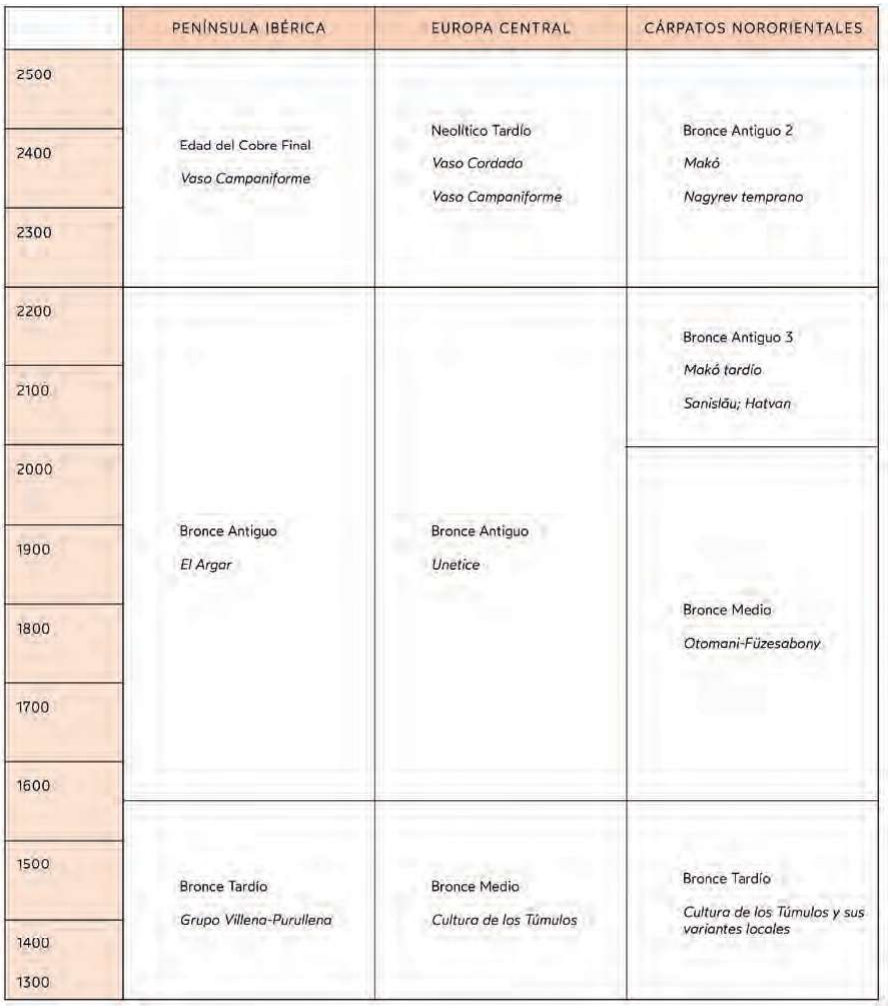


**TABLA 1.**
Cronología, periodización y entidades arqueológicas mas destacadas (en cursiva) de las tres zonas en las que se formaron las primeras estructuras de tipo estatal de Europa continental.


Haak W. *et al.* (2015): Massive migration from the steppe was a source for Indo-European languages in Europe. *Nature* 522: 207-211. https://doi.org/10.1038/nature14317.

Meller H. (2017): Armies in the Early Bronze Age? An alternative interpretation of Únětice Culture axe hoards, *Antiquity* 91/360, 1529–1545. https://doi.org/10.15184/aqy.2017.180

Risch, R., Meller, H., Wolfgang Arz, H. und Jung, R.(2015): Preface, In 2200 BC – *A climatic breakdown as a cause for the collapse of the old world.*

Risch R. & Meller H. (2015): Change and Continuity in Europe and the Mediterranean around 1600 BC, *Proceedings of the Prehistoric Society* 81, 239–264. https://doi.org/10.1017/ppr.2015.10

Risch R., Meller H., Delgado-Raack S. y Schunke T. (2021): The Bornhöck Burial Mound and the Political Economy of an Únetice Ruler, in S. Gimatzidis and R. Jung (eds.), *The Critique of Archaeological Economy, Frontiers in Economic History,* Springer. New York, 85-116. https://doi.org/10.1007/978-3-030-72539-6_6

Villalba-Mouco V. *et al.* (2021): Genomic transformation and social organization during the Copper Age-Bronze Age transition in southern Iberia. *Science Advances 2021;* eabi7038. https://doi.org/10.1126/sciadv.abi7038